Vol. XV 1984: 3 47

CIS

CENTRUM IGNATIANUM
SPIRITUALITATIS

EL MINISTERIO DE LOS EJERCICIOS EN LA COMPAÑIA HOY

Resultados de una Encuesta

Borgo S. Spirito, 5 - Casella Postale 6139 - 00195 Roma, Italia

EL MINISTERIO DE LOS EJERCICIOS EN LA COMPAÑIA HOY

Resultados de una Encuesta

CENTRUM IGNATIANUM SPIRITUALITATIS
Roma, Italia
1984

I N D I C E

Introducción 7

Sección I
SINTESIS DE LAS RESPUESTAS

1. General 13

2. Tipos y adaptaciones 23

3. Dificultades y ayudas 32

4. Aprendizaje y formación 50

5. Mirando al futuro 54

Sección II

TESTIMONIOS

Ejercicios Espirituales para entrar
en el itinerario de la Fe bíblica
Francesco Rossi de Gasperis 69

Ejercicios Espirituales en la vida ordinaria
Pedro Arriaga 100

"La lucha crucial de nuestro tiempo"
Provincia del Canadá Superior 105

Los Ejercicios Espirituales
Y las Comunidades de Vida Cristiana
Patrick O'Sullivan 111

APENDICE I

"Dadme vuestro amor y gracia"
Georges Bottereau 114

APENDICE II

Ejercicios Espirituales:
Trabajos en curso sobre su texto
Edouard Gueydan 120

INTRODUCCION

El 20 de noviembre de 1982, nuestro Centro Ignaciano de Espiritualidad (CIS) envió a todas las Provincias, Vice-Provincias y Regiones jesuíticas un cuestionario sobre el Apostolado de los Ejercicios Espirituales. En la carta que la presentaba, el Director del CIS expresaba como sigue la finalidad de la encuesta:

> "Hace ya diez y seis años que el P. Clemente Espinosa llevó a cabo una encuesta internacional acerca de nuestro apostolado de los Ejercicios Espirituales como preparación al Primer Congreso Internacional...
>
> Animados por los deseos del Santo Padre expresados en su reciente alocución a los Superiores Provinciales Jesuitas (27 febrero 1982), y como preparación también de la futura Congregación General, sería muy útil saber qué es lo que exactamente se está haciendo en toda la Compañía en este campo de los Ejercicios Espirituales, y qué orientaciones se están tomando de cara al futuro.
>
> Nuestro Centro Ignaciano de Espiritualidad ha decidido por ello enviar a todos los Provinciales el adjunto cuestionario a fin de que, a partir de datos concretos y respuestas claras, pueda más tarde elaborar, y ofrecer a toda la Compañía, una visión comprensiva de lo que se hace y de lo que se espera en este campo apostólico tan jesuítico como es el de los Ejercicios" (AR XVIII, 1982, pp. 848-849).

La respuesta a la encuesta fué buena. De las 83 Provincias, Vice-Provincias y Regiones de aquel entonces, 63 enviaron respuestas de diversa extensión y calidad. Solamente uno de entre los 12 grupos de Provincias llamados Asistencias dejó de responder. Juntamente con la respuestas llegaron también relatos de experiencias muy interesantes en el ministerio de los Ejercicios.

Al intentar agrupar todo este material, CIS se vió ante varias opciones. Podíamos agrupar las respues-

tas según las Asistencias o grandes áreas geográficas. Esto hubiera tenido la ventaja de hacer resaltar una especie de estudio interno comparativo; pero entonces sufriría la vista panorámica de este ministerio tal como se lleva a cabo hoy en la universal Compañía. Por lo mismo nos hemos decidido a ofrecer una especie de visión conjunta, estructurada según los puntos o capítulos del cuestionario. También hemos creído que sería lo mejor dejar hablar con sus propias palabras a los que nos han contestado. De esta forma se preserva el "frescor" y la "garra" de las respuestas. Todo esto constituye la Sección I de los resultados de la Encuesta, titulada "Síntesis de las respuestas".

Nuestra presentación de estos resultados quedaría muy empobrecida si hiciéramos caso omiso de las valiosas experiencias enviadas por algunos, sobre todo las referentes a la aplicación y adaptación contemporánea de los Ejercicios. Por eso, los agrupamos en la Sección II bajo el título "Testimonios".

Esta segunda sección se abre con la personalísima contribución del *P. Francesco Rossi de Gasperis* (Italia), Profesor de Sagrada Escritura y Director Espiritual en el Pontificio Instituto Bíblico de Jerusalén. Su gran experiencia práctica de 20 años en la integración de los Ejercicios y el movimiento de la Sagrada Escritura es profundamente estimulante. A esta primera contribución siguen otros tres artículos más breves. Primero, el *P. Pedro Arriaga* (México), Director de SEDOC (Servicios Educativos de Occidente) entre las Comunidades Eclesiales de Base de Lomas de Polanco, nos cuenta cómo su labor pastoral en los barrios de Guadalajara le han conducido a una interesante experiencia de Ejercicios en la Vida Ordinaria. Luego, la *Provincia de Canadá Superior* y en concreto el *P. Jean-Marc Laporte*, profesor de Teología en Regis College, Toronto - nos habla de una original adaptación de la Anotación 18, que integra el llamamiento de la CG 32 a promover la justicia en una experiencia concreta de Ejercicios. Finalmente, el *P. Patrick O'Sullivan* (Australia), Director del Secretariado de las CVX en Roma, describe el papel central que desempeñan los Ejercicios en la espiritualidad y estilo de vida de las Comunidades de Vida Cristiana (CVX)

Dos breves apéndices cierran el número. El *Padre George Bottereau* (Francia) ofrece una interpretación per-

sonal de la última frase del "Tomad, Señor, y recibid" de San Ignacio (Apéndice I). A nuestros lectores les interesará, sin duda, conocer los trabajos en curso referentes al texto de los Ejercicios. Los expone en el Apéndice II el *P. Edouard Gueydan* (Francia), quien es el que los ha iniciado y los está llevando adelante con colaboración internacional.

Al ofrecer esta panorámica del "Ministerio de los Ejercicios en la Compañía Hoy", CIS desea expresar su gratitud a todos aquellos que se han tomado la molestia de responder su cuestionario y compartir sus valiosas experiencias en este campo de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, que son de verdad "el alma de la vida y apostolado jesuíticos".

EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA ENTRAR EN EL ITINERARIO DE LA FE BIBLICA

Francesco Rossi de Gasperis
(Provincia de Italia)

El modo que sigo hoy ordinariamente para dar los Ejercicios Espirituales es el resultado de dos ideas convergentes que se me ocurrieron hace unos veinte años. La *primera* se refiere a la inserción de los Ejercicios Espirituales ignacianos en el dinamismo del *sendero de vida* que se traza en la Sagrada Escritura (cf. Sal 16,11 = Hch 2,28). La *segunda* se fija en la distribución de las cuatro Semanas ignacianas a lo largo, por lo menos, de un año.

Posteriormente, el Centro Ignaciano de Espiritualidad se interesó, de varios modos, por esta manera de dar los Ejercicios, y ahora se me ha pedido que la exponga con cierta extensión, según el espíritu de la *koinonia* de Montmartre, que el Padre Kolvenbach ha recordado recientemente a toda la Compañía, en el 450º aniversario de aquellos votos (París, 15 de agosto, 1534).

Mi exposición consistirá, por tanto, en una descripción de mi modo personal de entender el itinerario ignaciano. Me permito recordar simplemente que no describo una ideología personal elaborada en un despacho, sino un modo de proceder que he practicado en un centenar de tandas de Ejercicios, dadas en varias partes del mundo, y en particular, en muchos *meses de Ejercicios* dados siempre a lo largo de los doce meses del año.

I. DE LA "BIBLIA EN LOS EJERCICIOS" A "LOS EJERCICIOS EN LA BIBLIA"

1. Biblia y Ejercicios Espirituales

En la explicable reacción frente a los *Ejercicios predicados*, y en el providencial redescubrimiento de los

Ejercicios personalizados, me parece que quizás nos hemos olvidado de que para Ignacio los Ejercicios son, ante todo, una *diaconía del Espíritu*, y que esta diaconía procede indivisiblemente de una *diaconía de la Palabra*.

Los contenidos de los cuatro o cinco *ejercicios* diarios son todos bíblicos y evangélicos, incluso los poquísimos que a primera vista no lo parecen, como el segundo ejercicio de la Primera Semana sobre los pecados propios (55-61)*, el de los tres binarios (149-157) y la Contemplación para alcanzar amor (230-237).

El discernimiento atento y continuado con que el ejercitante, ayudado del que le da los Ejercicios, debe examinar el sucederse de sus acontecimientos interiores, afecta a tales acontecimientos precisamente en la medida en que emergen en su conciencia como consecuencia de la Palabra de Dios tan intensamente leída, meditada y orada a lo largo del día: "La historia que tengo de contemplar" (2; etc.). Ignacio supone que esta palabra será propuesta al ejercitante por otro, a saber, por el que le da los Ejercicios (2; etc.).

Me parece que este *proponer la Palabra* - un ministerio ciertamente muy distinto de la predicación y más cercano a lo que Ignacio llama el ministerio de *leer* [1] - no podrá honestamente limitarse, en los verdaderos Ejercicios ignacianos, a la indicación, hecha una vez al día, de algunas citas bíblicas que el ejercitante ha de leer después, por su cuenta, meditándolas y orando sobre ellas.

El ambiente eclesial en el que de hecho he tenido que ejercer mi ministerio en Europa, Asia y Africa, me ha parecido de ordinario notablemente alejado de una obvia e

---

* Si no se da otra indicación, los números entre paréntesis se refieren a los números de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Los números entre corchetes indican las notas al pie de página.

1. Cf. F. ROSSI de GASPERIS, *Bibbia ed Esercizi spirituali*. La bibbia negli Esercizi spirituali e gli Esercizi spirituali nella Bibbia, Roma, 1982, pp. 45-46. Se cita en adelante como *Bibbia ed Esercizi spirituali*.

inmediata percepción e inteligencia de la Palabra en su sentido más verdadero.

Pronto caí en la cuenta de que grandes sectores de fieles, incluso sacerdotes, religiosos y religiosas, viven aún de una teología no sacada de la Palabra de Dios, tal como la ha entendido la grande tradición litúrgica y espiritual de la Iglesia; viven más bien de una teología que procede de una catequesis alejada frecuentemente de las fuentes de la revelación divina, mezclada con ideas, devociones y preceptos humanos a los que frecuentemente se les atribuye mayor peso que el concedido a la Palabra del Señor (cf. Mc 7,6-9; Mt 15,6b-9).

Catequesis pálidas e insípidas, quizás erróneas y en todo caso insuficientes, que se reducen incluso a un nivel groseramente infantil, o de enseñanza media, que dejan con frecuencia al ejercitante prácticamente incapaz para captar todo el sentido de la Palabra que se le propone. ¿Qué Espíritu podrá entonces, normalmente, proceder de una tal falta de inteligencia de la Palabra? Y, en consecuencia, ¿qué Espíritu se ofrecerá al discernimiento del que hace los Ejercicios y del que los dá?

No es sólo la ignorancia sino la falta de inteligencia de la Palabra la que, a mi parecer, hace necesaria para muchos fieles una cuidadosa y fiel *narración de la historia* de forma que el que contempla derive de la misma su *verdadero fundamento* (2). Donde se ha difundido una cultura religiosa más amplia, he encontrado deficiencias igualmente graves, si no más. Aquí la mediación entre Palabra de Dios y cultura del creyente se nutre frecuentemente, no ya del catecismo elemental, hace tiempo - y quizás demasiado rápida e indiscriminadamente - abandonado, sino de ideologías reduccionistas o confusionistas de naturaleza sicológica, filosófica o socio-política; de antropologías partidistas; de espiritualismos extra-cristianos; de "sabidurías" formadas con los más variados sincretismos, o de práxis jamás puestas a discusión; de "buenas fes", tan sinceras como parciales si no totalmente erróneas y falsas.

Me he encontrado con creyentes movidos por la curiosidad mucho más que por el deseo de convertirse; para los cuales lo espiritual es interesante casi exclusivamente como un componente de lo político; fideistas alér-

gicos a todo empeño ascético o fautores de un antropocentrismo pelagiano; humanistas prácticamente cerrados a la trascendencia.

He encontrado personas desesperadas de poder convertirse ya; o para las que el espíritu eclesial se reducía prácticamente al legalismo y a un sentido militar y partidista de la pertenencia y de la obediencia; espiritualistas vendidos a la más indiscutida intolerancia para toda encarnación e institución; carismáticos ligados más a su movimiento de "renovación" que a la novedad del evangelio de Dios; fieles de un cristianismo sectario o, al contrario, tan "abierto" que termina disuelto en un universalismo religioso a-histórico privado de la dirección concreta que Dios ha impreso a la historia (de Israel a las naciones; de Jerusalén hasta los confines de la tierra; Lc 24,47; Hch 1,4.8).

Descubro cada vez con más frecuencia cristianos diestros en manipular la Palabra para uso y consumo personal, más bien que en escucharla *toda* y en ponerla en práctica con obediencia (cf. St 1,21-25); fieles que hacen depender su existencia prevalentemente de los "signos", con los que, sin demasiado discernimiento, piensan tener constantemente controlada la sabiduría y la voluntad de Aquel que habita en una luz inaccesible (1 Tm 6,16), que para la luz del entendimiento humano es enigma, y quizá tiniebla que ciega y confunde, mucho más que objeto de corriente verificación experimental (cf. Sal 139,12; Rm 11,33-35; 1 Co 13,12; etc.).

Encuentro cristianos que no saben qué hacer con el Antiguo Testamento; impregnados en una cristología prácticamente monofisita, para los que, si "Jesús es Dios", es sencillamente un Dios a quien adorar y un ideal que contemplar desde lejos, pero que tiene muy poco que decirnos a nosotros, míseros mortales. Hallo personas incapaces, aunque ya son adultos, de distinguir entre real y corpóreo, entre sinceridad y verdad, entre buena fe y fe verdadera.

Me he encontrado, y aún lo encuentro, con un cristianismo que se asemeja a una gnosis humanística centrada en el "Hombre" en general, cuando debería ser una *historia* que partiendo de Abraham, Isaac y Jacob, y pasando por Moisés, David y todo Israel, culmina en Jesús de Nazareth

y en su Iglesia hasta que El vuelva (cf. Mt 1,1-16; Hb 11, 1-2,2).

Con frecuencia me encuentro con "cristos" hechos por manos humanas, con todos los ingredientes de las ideologías corrientes, pero que se asemejan poco y mal a Jesús de Nazaret, hijo de Miriam y Mesías de Israel y de las naciones.

Repito que estas y otras variedades de fieles las he encontrado y encuentro, no al margen de la comunidad eclesial, sino a todos sus niveles, comprendidos misioneros y catequistas, y prácticamente entre aquellos que pedían y piden hacer los Ejercicios Espirituales.

Francamente, nunca me ha parecido que podía contentarme con poner en manos de tales ejercitantes simplemente las indicaciones de los capítulos y versículos de los Libros Sagrados, para que lean, mediten, oren y contemplen por todo un día. Sé bien que los Ejercicios ignacianos no son un ministerio catequístico (*didachē, didaskalia*), sino un ministerio dirigido a la conversión de los que los hacen (*kerigmático*). Sin transformar por esto los Ejercicios en una catequesis, y menos aún en un curso de cultura religiosa, me ha parecido necesario un ministerio de la Palabra intenso, preciso, puesto al día y ajustado al lugar donde ejercita.

Prácticamente, durante los Ejercicios de mes, propongo los *puntos* tres veces al día, y en los otros Ejercicios, dos veces al día. Pero a los ejercitantes les recomiendo siempre cuatro *ejercicios* diarios, sugiriéndoles que, al menos el último de ellos, consista en una oración más simple, unificada y contemplativa, semejante a la que Ignacio llama *aplicación de sentidos* (121-126; etc.).

A lo largo de veinticinco años he podido constatar que este ministerio de la palabra, además de la aplicación práctica que encuentra en el tiempo de los Ejercicios, produce un fruto duradero en la iluminación y en la dirección de la vida de fe de los ejercitantes, corrigiendo y procurándoles una conciencia más verdadera de su alianza bautismal, que es luego la *elección* y la conversión fundamental, de la que todos tenemos siempre y más vitalmente necesidad, y que nunca puede perderse de vista en ningún momento de los Ejercicios.

2. *El isomorfismo formal entre los Ejercicios y la Biblia*

Pero el carácter bíblico de los Ejercicios no afecta sólo ni principalmente a los *contenidos* de las meditaciones-contemplaciones que Ignacio nos propone. Como he escrito en otra ocasión, después de haber tratado por mucho tiempo de integrar la Biblia en los Ejercicios, he terminado por integrar los Ejercicios en la Biblia [2].

La idea más relevante que me iluminó en un estudio prolongado y apasionado de la Escritura es que ésta podría definirse prácticamente: *Ejercicios Espirituales propuestos por Dios a su pueblo: Israel-Iglesia.*

Las Sagradas Escrituras, lejos de ser un libro de cultura y de ciencia, o incluso sólo un libro de doctrina, son esencialmente *Torah*, es decir, *enseñanza*, manual práctico ofrecido al pueblo de la fe y a todo creyente para *caminar a lo largo de la VIA* (Hch 9,2; 18; 25-26; 19,9.23; 22,4; 24,5; 14,22), *para correr con perseverancia por la carrera de la fe* (Hb 12,1). Las Sagradas Escrituras son un libro de sabiduría en el reconocido sentido que tiene en la cultura semítica y las de todo el medio y extremo oriente; no son un libro de estudio, que puede hacerse objeto final de investigación, sino una escuela de vida práctica, un guía para ejercitarse en caminar (*hlk*) con Dios, como Enoch (Gn 5,22.24) y Noé (Gn 6,9) y, antes de él como Abraham (Gn 17,1); un *libro para vivir y para salvarse*, una verdad en la cual caminar (Sal 86,11), una *halakhah* [3].

Ignacio no ha hecho más que personalizar al máximo este itinerario divino de salvación propuesto a todos los creyentes; poniéndolo, con el don de sabiduría y de consejo que le confirió el Espíritu, al concretísimo alcance de la conciencia de todo ejercitante.

La Biblia es la gran carta topográfica del itine-

---

2. *Bibbia ed Esercizi spirituali*, p.3

3. *Bibbia ed Esercizi spirituali*, p. 28.

rario de la alianza salvífica que se desarrolla a través de la inmensa región del mundo. Ignacio se ha hecho guía personalísimo para conducir a cada hombre en particular (95) a través de los senderos seguros de este itinerario de fidelidad y de salvación sobre toda la superficie y redondez de la tierra, llena de hombres, en toda su variedad (Cf. 102. 103. 106-108) [4].

Hecho este descubrimiento, he comprendido que los Ejercicios no hacen meramente uso de cierto contenido bíblico y evangélico. Entre la Biblia y los Ejercicios no existen solamente, ni principalmente, los contactos de los *materiales*. Lo que más cuenta y es de importancia decisiva, es el isomorfismo *formal* del itinerario; la progresividad del camino a través de etapas marcadas por el mismo Espíritu (Cf. 265); la homogeneidad entre el punto culminante - Jesús Señor y Mesías - de la historia divina diseñada en la historia humana, y el de la historia escrita por Dios en la historia de cada ejercitante (91-98); la consonancia entre los criterios de la economía salvífica del mundo entero y la del seguimiento de Jesús propuesto a cada discípulo en concreto (136-147).

Más que partir de los Ejercicios para referirme a la Biblia, he pensado e intentado partir de la Biblia y en ella he encontrado el movimiento de los Ejercicios. El resultado ha sido de sorprendente belleza y de eficacia inesperada para los ejercitantes y, más aún quizás, para mí mismo.

La especificidad *ignaciana* de los Ejercicios se nos ha manifestado mucho más paralela al carácter de Ignacio. El, en efecto, no quiere proponer un itinerario *propio*, sino sólo hacerse "un pobrecito y esclavito indigno" servidor del Verbo de Dios encarnado "con todo acatamiento y reverencia posible" (114).

Descargando a los Ejercicios del peso (desproporcionado para sus recursos) de representar un peculiar itinerario del Espíritu dentro de la Iglesia, y poniéndolos enteramente al servicio del único itinerario escogi-

---

4. *Bibbia ed Esercizi spirituali*, pp. 27-29.

do y querido por Dios para su pueblo y para todo miembro del mismo, se les restituye - a los Ejercicios - su sentido específico y se experimenta prácticamente toda su valía existencial. Este me parece ser, entre otros, el motivo por el que los Ejercicios "ignacianos" pueden ser propuestos - y de hecho lo son - a fieles de todos los niveles eclesiales: laicos y clérigos, obispos, monjes y religiosos o religiosas, contemplativos o de vida apostólica activa, etc. Los Ejercicios son tanto más "ignacianos" cuanto más puedan servir de "ayuda" a todos.

3. *El método de la "lectio divina"*

Me queda por decir algo del método que he venido siguiendo desde que comprendí cuanto hasta aquí he tratado de describir, y que me ha permitido y me permite ponerlo en práctica.

Es el "uso antiquísimo de la *lectio divina*" que, providencialmente nos recordó la Congregación General XXXI de la Compañía de Jesús, y de la que la misma Congregación esperaba una renovación, extensiva a cuanto se refiere a los Ejercicios espirituales (Decreto 14, sobre la *Oración*, n.6).

Ya en un opúsculo publicado por el Centro Ignaciano de Espiritualidad, "*'Lectio divina' y oración ignaciana.* Lectio, meditatio, oratio, contemplatio" [5] expuse en 1977, en forma aún poco elaborada, la experiencia de este mi descubrimiento. Desde el momento en que, como he dicho antes, la dinámica interna y el espíritu de los Ejercicios ignacianos (hablo obviamente, en primer lugar, de los Ejercicios de mes) son los mismos que los de la Sagrada Escritura *tomados como un todo* (y como tal se debe tomar la Biblia por parte del pueblo creyente), al proponer los Ejercicios me he atrevido a cambiar el orden en la presentación de la materia (*la historia*: 2; etc.), partiendo del orden de los Libros Sagrados (del Génesis al Nuevo Testamento) permaneciéndoles fiel en todo.

---

5. (Ejercicios, 13), Roma^{2} 1978. Cf. también *Bibbia ed Esercizi spirituali*, pp. 30-49.

En la segunda parte de este artículo expondré con más detalle cómo hago esto. Ahora querría más bien, describir con brevedad cómo entiendo y practico la *lectio divina* durante los Ejercicios. Es mucho más y mucho menos de lo que hoy los escrituristas llaman *exégesis*, ya se inspire en el método histórico-crítico, o en el estructuralista, o en el del análisis literario, etc. Tampoco se asemeja a la llamada *teología bíblica*, que selecciona y desarrolla *temas bíblicos*, más bien que seguir el texto paso a paso.

Obviamente, trato personalmente, en cuanto sé y puedo, de mantenerme al dia en materia de filología, exégesis y teología bíblica. No descuido tampoco la teología dogmática y moral, tanto positiva como especulativa, que considero también de máxima importancia para la vitalidad de la fe del pueblo de Dios. Sigo también la teología espiritual y la liturgia, bien sea en la tradición de las Iglesias occidentales o en la de las orientales.

En la lectura del texto (*lectio-meditatio*), sin embargo, trato de limitarme a "narrar fielmente la historia... discurriendo solamente por los puntos con breve o sumaria declaración" (2). Esta declaración lleva consigo una comprensión literal del texto, no limitada exclusivamente al contexto monográfico del libro o del fragmento al que pertenece ese texto, sino a la luz de todas las Escrituras, Antiguo y Nuevo Testamento. Las Escrituras, en efecto, son obra de autores humanos, de tal manera que es verdad que, a un nivel superior, *Dios es su único autor*. En efecto, los libros que componen la Biblia, a pesar de ser tantos y tan diversos, forman *un único libro*. Por consiguiente, mi *lectio-meditatio* es, del principio al fin, *una lectura cristiana de las Escrituras* que se inspira en la hecha por el Resucitado a dos discípulos en el camino de Emaús (Lc 24,13-35), o a los Once la tarde de la Pascua (Lc 24,44-49).

Debería explicar aquí cómo esta lectura *mesiánica* de las Escrituras se hace sin causar ningún perjuicio y sin hacer injusticia alguna a la *Tanakh*, la Biblia hebrea, como afirman a veces muchos de mis amigos y hermanos hebreos de Jerusalén; pero esto sería demasiado largo y me llevaría a alejarme no poco del tema que me he propuesto.

Propongo el texto bíblico fundiendo en uno los tres sentidos originales de las Escrituras: el *literal*, que mira a Israel o la generación de Jesús; el *eclesial*, que mira a toda la Iglesia del Nuevo Testamento, que revive en el cumplimiento mesiánico de Jesús la historia del pueblo de la alianza y está orientada, por otra parte, hacia la venida gloriosa del mismo Mesías; y el *personal*, que mira a todos los fieles, en cuya existencia se actualiza el misterio de la búsqueda que Dios hace del hombre, según la historia de la alianza, de Abraham a Jesús.

No obstante el descrédito en que, en tantos sectores de la Iglesia hoy, ha caído este término, mi lectura de la Biblia puede ser definida ciertamente como *espiritual*. En efecto, se realiza teniendo en cuenta la guía del mismísimo Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo que presidió tanto la diaconía indagante y escrutante de los profetas de la *Preparación*, como la diaconía de los siervos del *Evangelio* (1 P 1,10-12).

Mi *lectio-meditatio* no tiene nada de magistral ni de sistemática. La guía más bien la *experiencia existencial* y lleva asociada espontáneamente una *actualización* al dictado del momento que vivo en la Iglesia como también de la cualidad y condición de los ejercitantes que tengo delante. Por esto procuro estar al corriente de la historia de los hombres, de su cultura, de su búsqueda de sentido y, de modo particular, de las vicisitudes de la Iglesia y de las iglesias de Dios sobre la haz de la tierra.

En una palabra, mi *lectio-meditatio* de la Escritura es, siempre y en cada ocasión, una experiencia totalmente inédita y abrumadora. En ella se hace presente toda la memoria del pasado de la economía de Dios y de mi historia espiritual; se ilumina la exigencia de vivir hasta el fondo el presente que se nos da; se orienta toda la esperanza y todo el anhelo hacia el Señor Jesús, que viene: *Marana'tha'*!

Es la Palabra de Adonai, que desciende ahora sobre cada uno, como descendió sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto, en el año decimoquinto del Imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato...

(cf. Lc 3,1-2). Y es una Palabra que no requiere mucha explicación, pues ya lleva dentro de sí su sentido para cada uno. Es una Palabra que pide no sólo ser oída, sino cumplida al momento, hoy y aquí por mí y por el que me escucha. He aquí por qué mi *lectio* no tiene nada que ver ni con una conferencia ni con una lectura académica.

Huelga decir que la condición indispensable para desarrollar esta diaconía es, para el que la ejercita, escrutar incansablemente noche y día la Palabra de Dios, experimentar en la práctica que esta Palabra es más preciosa que miles de piezas de oro y plata (Sal 119,72), más dulce que la miel para su boca (Sal 119,103), la alegría de su corazón (Sal 119,111). Son cantares para él en la tierra de su peregrinación (Sal 119,54).

Este modo de leer las Sagradas Escrituras no tiene, después de todo, nada de original. Se entronca con las grandes tradiciones de los doctores de Israel y especialmente de los Padres y de los Doctores de la Iglesia. Está todos los días al alcance de los que, en la Iglesia y con la Iglesia, celebran el Oficio de lecturas en la liturgia latina de las Horas. La experiencia personal que yo puedo aportar es que los fieles quedan gratamente sorprendidos y deseosos de esa escucha. Se extrañan de la riqueza que la Palabra revela, cuando se lee así, incluyendo entre ellos a los que se dedican a ella profesionalmente, en un estudio académico, inexplicablemente mucho más árido.

En los Ejercicios, como ya he dicho antes, esta *lectura* deberá quedar castamente contenida en los sobrios límites de una presentación que debe inspirar y nutrir, pero nunca sustituir, la *oración* del ejercitante. Concretamente yo limito la exposición de los puntos a los 30 o 45 minutos, y dispongo las cosas de forma que, una vez que hemos hecho juntos la *lectio-meditatio*, el ejercitante tenga a su disposición hora y media para la *oratio* y la *contemplatio* personales.

II. LAS CUATRO SEMANAS POR ETAPAS

1. La génesis de la experiencia

La idea de distanciar entre sí las cuatro Semanas de los Ejercicios ignacianos se me ocurrió en 1967, en un momento en el que como Padre Espiritual, y luego como Rector del Escolasticado Romano del Gesù tuve que tomar parte en la reflexión sobre la formación de los jóvenes jesuitas, que más tarde había de ponerse en práctica en el seno de la Compañía. Eran días tempestuosos, en vísperas de las múltiples "revoluciones" que estallaron más tarde, en el 68. Muchas cosas, incluso de las más fundamentales, se sometían entonces a discusión, y no sólo entre los religiosos más jóvenes.

Convencido de que en los Ejercicios Fspirituales la Compañía disponía, y dispone, de un don de Dios de rango *constitutivo*, me propuse tomar los Ejercicios como fondo de la formación de nuestros novicios. Considerando las cuatro *Semanas* de los Ejercicios como cuatro *etapas* del camino y de la vida según el Espíritu, propuse pasar en ellas todo el bienio del noviciado, haciendo de cada Semana una etapa de profundización y de vida para el semestre siguiente, inspirándome en cuanto Ignacio dice en las Anotaciones 4, 9, 10 y 11 del libro de los Ejercicios.

La propuesta no fue aceptada, por entonces, por la Comisión encargada de la formación en la Asistencia de Italia, pero dos años más tarde se me presentó la ocasión de ponerla en práctica. Me puse en contacto con la maestra de novicias de una Congregación religiosa, cuyas reglas prescribían, para las novicias, los Ejercicios ignacianos de 30 días. Esta experta religiosa dudaba, y con razón, de la conveniencia de someter a sus jóvenes novicias a un período ininterrumpido de 30 días a tan alta tensión espiritual. Convenimos entonces en intentar la experiencia de las cuatro Semanas distribuyéndolas a lo largo de un año, y preparando un programa de formación espiritual adaptada a cada intervalo entre una Semana y otra, con encuentros intermedios que permitiesen al que daba los Ejercicios seguir el progreso y el fruto espiritual que se iba logrando en cada una de las ejercitantes.

Así resultaría *un año completo de formación espiritual*, pasando de la vía purgativa a la iluminativa y a la unitiva, según lo que Ignacio prevé en las Anotaciones de los Ejercicios (10).

El resultado de esta primera experiencia, realizada de 1969 a 1970, pareció satisfactorio, y desde entonces, casi ininterrumpidamente propongo todos los años esta forma de hacer los Ejercicios, sin dejar, por otra parte, si se presenta la necesidad, de dar los Ejercicios de 30 días en el espacio de un mes (Cf. 4). Sobre esta manera de dar los Ejercicios escribí un pequeño artículo, *In quattro tempi*, en *L'Osservatore Romano* del 15 de julio de 1971, p. 5.

Conozco, y hasta cierto grado comparto, la perplejidad que se puede sentir a propósito de este tipo de Ejercicios. La tensión y el dinamismo interno propio de los Ejercicios quedan, en este método, indudablemente atenuados y en parte perdidos. En el caso de los principiantes, sin embargo, no es infrecuente que tal tensión y dinamismo se vivan en una confusión entre lo espiritual y lo síquico. Los Ejercicios, en este caso, correrían el riesgo de convertirse en una evasión de la realidad cotidiana, una especie de paréntesis pasajero de indigestión espiritual; una peligrosa ilusión de conversión, que en realidad no ha tenido lugar y, en consecuencia, una ocasión de desánimo por las subsiguientes recaídas en la superficialidad y en el pecado [6].

Los *Ejercicios por etapas intensivas*, que son distintos de los nunca bastantes alabados *Ejercicios en la vida corriente* (Cf. 19), permiten, al contrario, verificar y profundizar en la práctica concreta de la existencia cotidiana, el fruto de la Semana intensa precedente.

Para esto es necesario, naturalmente, que los intervalos que separan entre sí las diversas Semanas estén bien programados, sea en lo referente a la materia de la oración y de la vigilancia evangélica (= examen de conciencia) en los que ejercitarse, sea en la comunicación interpersonal entre el que da los Ejercicios y los que

---

6. *Bibbia ed Esercizi spirituali*, p. 104.

los hacen, y de los ejercitantes entre sí, en el caso de que sean más de uno; una comunicación que, partiendo de lo *ya* sucedido ante el Señor, tienda a aquello que *todavía* debe suceder para él y con él (53) [7].

Cuando después tuve la idea de cambiar el *uso de la Biblia en los Ejercicios* en *la integración de los Ejercicios en la Biblia* adoptando fielmente el método de la *lectio divina*, descubrí que los intervalos entre las diversas Semanas eran un tiempo precioso para continuar y completar la *lectio* de todas las Escrituras, de forma mucho más cuidadosa y profunda que cuanto nos hubiese sido posible hacerlo dentro de cada Semana.

2. *Las etapas de la inserción de los Ejercicios en la Biblia*

Me toca hablar ahora de cómo trato de realizar concretamente, durante las cuatro Semanas ignacianas, la inserción de los Ejercicios en el movimiento de las Sagradas Escrituras. Desde hace años vengo describiendo este itinerario en la semana dedicada a "La Sagrada Escritura y los Ejercicios Espirituales", dentro del *Curso Ignaciano*, que se celebra en Roma, en los meses de enero y febrero todos los años, alternativamente en inglés y en italiano, en el Centro Ignaciano de Espiritualidad [8].

A. *Primera Semana*

La *Primera Semana* se emplea íntegramente en una *lectio continua* de Gn 1,1-12, 9.

---

7. *Bibbia ed Esercizi spirituali*, pp. 108-109.

8. Una primera recensión de este curso podrá leerse en: *"Lectio divina" in the Exercises*, AA.VV., *The Word of God in the Spiritual Exercises*, CIS, Roma 1979, pp. 79-100, y más extensamente en: *Bibbia ed esercizi spirituali*, pp. 50-57.

Los dos primeros relatos de la creación (1,1-2, 4b-25) ponen un vigoroso *Principio y Fundamento* a la narración bíblica en su conjunto total.

La segunda descripción, en particular, pone en la base de toda la construcción sucesiva la triple relación del HOMBRE con DIOS (Gen 2,7-8. 15-17. 18-19. 22-22), con la MUJER (= el *otro* ser humano: Gen 2,20b-25) y con la TIERRA (Gen 2,8.15-17. 19-20a). Esta triple relación representa el elemento básico de la conciencia que Israel ha tenido y siempre ha conservado, y conserva, de su alianza con YHWH. Tal conciencia, lejos de ser superada, quedó definitivamente confirmada y ensanchada por la venida mesiánica de Jesús, y ha sido firmemente mantenida por toda la escatología neotestamentaria (Cf. Ap 21-22; etc.).

La triple dimensión estructural del hombre, cuyo respeto obediente le garantiza el caminar por el *Camino de la Vida* (Cf. Dt 30,15-20), salvaguarda desde el principio al ejercitante de una espiritualidad intimista y de un espiritualismo extra-terreno y a-histórico, que estaría en los antípodas de la espiritualidad bíblica y de la de los Ejercicios. Estos, en efecto, se desarrollan en su totalidad, no sólo ante Dios nuestro Señor y ante todos sus santos (58-59.151.232; etc.), sino también frente a todo el mundo histórico (99.102.103.106-10.136-147; etc.), y la creación entera (58.60; etc.).

Gn 3,11 suministra, después, un fondo bíblico riquísimo a la experiencia espiritual que Ignacio llama *Primera Semana*.

Los *tres pecados*: del hombre y de la mujer contra Dios (Gn 3,1-24); el de Caín contra su hermano (Gn 4,1-16); el de los constructores de la torre de Babel contra el sentido de la tierra y del progreso de la civilización técnica (Gn 11,1-9), cubren todos los campos de la pecabilidad y de la pecaminosidad humanas. Todo ejercitante puede reconocer en ellos lo que para él ha sido, o podía haber sido, el *Camino de la Muerte* (Cf. Dt 30,15-20). El ejercitante es conducido entonces a someterse, personal y libremente, en el *Segundo Ejercicio* (55-61), al *juicio* que sobre ellos pronuncia la Palabra de Dios, y entra de este modo en el movimiento de la contrición y de la conversión.

La inmutable voluntad salvífica del Señor, por otra parte, aparece ya iluminada por su misericordia en los encuentros con Adán y Eva (Gn 3,15.20-21) y con Caín (Gn 4,15). Sobre todo, esa voluntad salvífica queda de manifiesto en la orden dada a Noé de construir el Arca de la salvación universal (Gn 6,8.14-7,16) y en la Alianza hecha por Dios con *toda la humanidad* y con la *tierra entera* en la persona de Noé (Gn 9,1-17).

En el *Tercer Ejercicio* se ofrece al ejercitante un excepcional instrumento para interiorizar la lección dada por la Palabra a fin de sacar del pecado del mundo y del suyo todos los beneficios que la misericordia del Señor le ofrece para insertarse en la alianza y para decidirse resueltamente por la conversión (62-63; Cf. 53. 61.71).

El ciclo del Diluvio (Gn 6,1-9,17) asegura una *repetición* completa sobre el pecado, y sobre todo, presenta ampliamente su dinámica misteriosa y su epidémica proliferación. El Pecado hace que la creación vuelva a caer en la confusión y el caos del desorden radical.

En las consecuencias autolesivas inmanentes al Pecado se revela la *economía del juicio y de la ira de Dios* (Rm 1,18-32. Cf. Lv 26,14-46; Dt 28,15-68; etc.) que deberá ser tomada muy en serio, como hace Ignacio en el *Quinto Ejercicio* (65-71), si es que debe comprenderse en todo su alcance la iniciativa de *salvación en la historia* que Dios comienza a realizar con la llamada de Abraham a la *salvación mediante la fe* (= *camino de la Justicia de Dios*: cf. Rm 3,21-31; etc.), de la que se comienza a hablar en Gn 12,1-9 (Cf. Hb 11,8-12,2).

Me parece muy significativo el hecho de que más de un ejercitante, al fin de la Primera Semana, sienta el deseo y la necesidad de renovar públicamente sus promesas bautismales.

B. Segunda Semana

a. Primera Parte

El método de la *lectio divina* me ha sugerido dividir en dos tiempos la *Segunda Semana*. Y eso mismo me

ha llevado a una inteligencia de la *parábola ignaciana del Rey humano escogido directamente por Dios* (92-94), que me parece de un contenido muy rico, aunque no pretendo con esto presentar una exégesis histórica plenamente fiel a la mente de Ignacio.

A la Primera Semana le dedico cinco o seis días. De suyo no hay por qué hacerla seguir de una larga interrupción. Por eso la hago seguir de la *Primera Parte* de la *Segunda Semana*, que dura por lo menos siete días.

La *lectio divina* me ha obligado a considerar seriamente, entre la *Primera Semana* (Gn 1,1-12,9) y el *Evangelio neotestamentario*, todo lo que llamamos el *Antiguo Testamento*.

En los Ejercicios ignacianos, entre la Primera Semana y las contemplaciones evangélicas, se coloca aquí el *Ejercicio del Rey* (91-98), que es la contemplación clave y el nervio metodológico para la Segunda, Tercera y Cuarta Semana de los Ejercicios y es, además, el *ejercicio neotestamentaro por excelencia*. Para convencerse de ello basta considerar los títulos cristológicos que Ignacio menciona en este ejercicio.

Ahora bien, tener fija la mirada en Jesús, guía y consumador (*archēgos kai teleitotēs*) de la carrera de la fe, obliga a contemplar también el gran número de testimonios, de los que estamos rodeados en este recorrido (Hb 12, 1-2; Cf. 11,1-40).

No es, en efecto, posible conocer a Jesucristo como Primero y Ultimo (Ap 1,17), Alfa y Omega, Principio y Fin (Ap 22,12-13) si no se reconocen todos los momentos intermedios, todas las letras del alfabeto de Dios que se suceden entre la primera y la última, todos los nombres de la realidad que siguen al Principio y preceden y preparan el Fin.

También Ignacio comprendió, a su modo, que Jesucristo y su llamamiento neotestamentario no son tanto un punto de partida cuanto un acontecimiento al que hay que llegar *preparados* por un movimiento *a minori ad maius* (de menos a más) y por eso, precisamente como *introducción* a la contemplación del Rey eterno, ha puesto la del Rey temporal.

Ahora bien, la *lectio divina*, lejos de conducirnos a omitir la preparación para el Mesías, nos presenta *la historia* completa *de la alianza* (= el Antiguo Testamento) como el desarrollo del alfabeto histórico del que se compone el nombre del Mesías Jesús, que es la clave de la lectura de ese alfabeto y su último y pleno cumplimiento. La exégesis patrística, por otra parte, nos ha acostumbrado a leer todos los libros del Antiguo Testamento como *signos sacramentales* de la historia de la existencia eclesial y de la personal de todo cristiano.

¿Por qué, entonces, empobrecer tan drásticamente la contemplación del cumplimiento evangélico, privándola de la consideración de lo que en ese cumplimiento viene precisamente a realizarse? ¿Cómo se podrá conocer al Cristo glorioso (que es el del *ejercicio* ignaciano) sin contemplarlo entre Moisés y Elías (Cf. Lc 9,28-36; Mt 17,18; Mc 9,2-8; 2 Co 4,3-6; Hb 1,1-2; 2 P 1,16-21)?

El canto nuevo al Cordero, inmolado y en pie ante el trono de Dios, celebra en la liturgia celestial al León victorioso de la tribu de Judá, retoño de David, como al único digno de *abrir* el libro sellado con siete sellos que Dios tiene en su mano derecha (Ap 5,1-14). El Nuevo Testamento no es otro, entonces, que Jesús, Mesías crucificado y resucitado, Rey eterno y Señor universal (95. 97. 98; Cf. Ap 1,17-18), que ofrece una lectura de las Escrituras sobre el misterio de Dios y del hombre, no limitada a la apertura de los sellos intermedios (cual podría ser una inteligencia no cristiana del Antiguo Testamento), sino *llevada hasta la apertura de su último sello*, el séptimo.

Al Resucitado le reconocemos con fe pascual solamente cuando le oímos explicar en el camino, cómo *todas* las cosas escritas en la *Tanakh* (= Ley, Profetas y Salmos) se refieren en definitiva a él. Sólo entonces arde nuestro corazón, se abre la mente a la inteligencia de las Escrituras y nuestros ojos le reconocen en la fracción del pan (Lc 24,13-35. 44-49). Confieso que no habría comprendido todo esto sin ocho años de permanencia en Jerusalén, en Israel.

Estoy, pues, persuadido de que no es posible introducir al ejercitante en la economía del Evangelio sin hacerle recorrer, en algún modo, las etapas de la historia de la alianza.

Por eso, después de un día consagrado a la *contemplación del Rey* (91-98), basado en Hb 12,1-2 (que concluye el capítulo precedente, Hb 11,1-40), propongo una serie de meditaciones sobre el Antiguo Testamento (una veintena) que se distribuyen, más o menos, en el orden siguiente:

* Abraham y el peregrinar de los patriarcas

* La esclavitud en Egipto, la Pascua y el éxodo de Egipto.

* El Sinaí y la juventud de Israel: *Pueblo* peregrino a través del desierto hacia el *País-don de Dios*, guiado y apoyado únicamente en la *Palabra de YHWH* y en su alianza.

* La entrada en Caná, la conquista del país, el tiempo de la anarquía y de los Jueces.

* El asentamiento y la fundación de una monarquía adaptada a un pueblo, cuyo Dios es YHWH y al que YHWH ha elegido como heredad propia. Saul y David (¿Qué rey humano ha sido elegido por Dios más directamente que David? Cf. 92).

* La institución del reino; el rey, los escribas, los sacerdotes y el culto; los profetas; la Ciudad (Jerusalén) y el Templo. Salomón, Cananeos y Filisteos en el país de YHWH.

* Los pecados de la institución. El cisma de las doce tribus y de los dos reinos hermanos (Israel y Judá). La caída de Samaría y la cautividad asiria. La destrucción de Jerusalén y del Templo de YHWH, y la cautividad babilónica.

* Los grandes profetas de Israel: Elías, el Tisbita, Del Carmelo al Horeb, Eliseo, Oseas, Amós, Isaías, Jeremías.

* El exilio: Jeremías, Ezequiel, el Segundo Isaías y la profecía del Siervo de YHWH. El sueño de un Israel universalista.

* La vuelta del exilio: un segundo éxodo. El nacimiento del Judaísmo: la sinagoga y el culto espiritual. La piedad judía: oración, limosna y ayuno. Esdras y Nehemías. El tercer Isaías.

* Enseñanza revelada (*Torah*), palabra profética (*Dabar*) y experiencia sapiencial (*Ḥokhmah/Sophia*): sabiduría divina y prudencia humana.
* Apocalíptica y escatología.
* El choque entre cultura y fe, contrapeso del movimiento sapiencial. Promoción humana del hombre y la fe yahwista. Los Macabeos y la guerra de liberación nacional.
* Los Salmos: oración y poesía de Israel en todas las etapas personales y colectivas de su historia.

Siete días no son ciertamente suficientes para una *lectio continua* que va desde Gn 12.10 a la última página del Antiguo Testamento. Pero son suficientes para una meditación sintética de las etapas histórico-espirituales de la historia de la alianza, complementada con la *lectio* de los textos más significativos. Por eso, en este caso, la *lectio* debe recurrir a una teología bíblica, fiel, en cuanto sea posible, a *toda la narración bíblica*, más que a fragmentos interesados y a exigencias prejuiciadas dictadas por preocupaciones extrabíblicas o prematuramente modernizantes.

Los inconvenientes de la *lectura antológica* que se ha de hacer luego en el ámbito de la Semana, se pueden subsanar muy bien pidiendo a los ejercitantes que hagan, por su cuenta una *lectio continua cursiva* de *todo* el Antiguo Testamento en los meses (tres, por lo menos) que han de separar la Primera y la Segunda Parte de la Segunda Semana. Tal *lectio continua cursiva* se deberá hacer siempre a la luz del *ejercicio* introductorio, la *contemplación del Rey Mesías* y, por tanto, en la perspectiva de la vocación mesiánica dirigida personalmente a la conciencia de cada uno. De aquí la evidente utilidad de disponer de un intervalo de varios meses entre los dos tiempos de la Segunda Semana.

La experiencia me confirma en la gran utilidad que los ejercitantes sacan del hecho de llegar al Nuevo Testamento después de pasar por todo el Antiguo. ¿No es éste, después de todo, la *preparación* al *cumplimiento* realizada y contada por el mismo Dios?

Esta preparación permite, sobre todo, al ejercitante encontrar al *Mesías histórico de Dios*, al único verdadero (no sólo al *Jesús* histórico, sino al *Cristo* histórico), tal como él se entendió y se presentó a su pueblo Israel, y tal como fue comprendido y anunciado como La Buena Nueva a Israel y a las naciones por los apóstoles y los discípulos de la Iglesia primitiva.

No un "Cristo" prefabricado por manos humanas, según los modelos de expectativas, ideologías o de otras culturas terrenas. No un Verbo de Dios hecho "hombre-en-general" nacido de una "mujer-en-general", sino el hijo de Miriam de Nazaret, la Hija de Sión; nacido de la estirpe de David (Rm 1,3; 9,5; etc.); aquél de quien escribió Moisés en la Torah y los Profetas (Jn 1,45. cf. ib. 5,39-47); Jesús de Nazaret, Mesías de Israel y Rey de los Judíos (cf. Jn 19,19-22) en cuyo nombre se debe predicar a todas las naciones la conversión y el perdón de los pecados, comenzando desde Jerusalén (Lc 24,47).

Semejante *adecuada* iluminación de la conciencia cristológica de los fieles me parece de la máxima importancia para una justa percepción de la *salvación mesiánica*, en la que consiste y en la que se compromete la fe y la Iglesia cristiana.

Tomar en serio el Antiguo Testamento obliga a no contentarse con una identificación a la ligera entre mesianismo *histórico* cristiano y mesianismo ideológico, clasista y socio-político, donde el "pueblo", los "pobres" o los "oprimidos", sólo por ser tales, llegan a ser automáticamente el pueblo mesiánico de Dios.

Tomar en serio el Antiguo Testamento obliga también a no contentarse con una identificación superficial, de tipo gnóstico entre "humanidad", "hombre" y *pueblo* o *hijo de Dios* y de la consiguiente identificación entre Jesús de Nazaret y un Jesús "cumplimiento-del-hombre-en-general", como lo propone con frecuencia un mesianismo "universalista", igualmente ideológico, de carácter mucho más filosófico y sociológico que *histórico*.

Tomar en serio el Antiguo Testamento como *historia* de la *salvación mesiánica para todos* hace imposible su sustitución simplista con otras tradiciones culturales y religiosas que, evadiéndose una vez más de la dirección

divina de la historia (desde Jerusalén hasta los últimos confines de la tierra), tenderían a hacer del Evangelio de Jesús la confluencia natural de todas las culturas y valores humanos.

Es verdad que no puedo desarrollar aquí estos y otros temas, pero no será difícil reconocer que *bajo este tema crucial del mesianismo histórico de Jesucristo* se mueven las controversias sobre la teología de la liberación, la confrontación entre los humanismos, los problemas de la inculturación de la fe, así como también la oposición entre las diversas formas de mesianismo hebráico, etc.

b. Segunda Parte

La *Segunda Parte* de la *Segunda Semana* ocupa, normalmente, nueve días y consiste en una *lectio continua* del Evangelio según Lucas, que me parece el más apto para quien hace Ejercicios de treinta días por primera vez. El de Lucas es, en efecto, *el Evangelio del Camino de Jesús-Visita de YHWH y de su seguimiento* (cf. Lc 1,68-79; 7,16; 10,1-12; y toda la sección de la subida a Jerusalén: 9,51-18-46), como también *el Evangelio de Jesús-Espada de YHWH, signo de contradicción* que atraviesa el corazón de su País-Madre, revelando los pensamientos de muchos corazones (cf. Lc 2, 34-35, y la figura de tantas parejas de personas que aparecen como opuesta al venir Jesús entre ellas: Simón, el fariseo y la pecadora; Marta y María; el joven rico y los Doce; Zaqueo y Jerusalén... hasta los dos ladrones crucificados con Jesús).

En esta *lectio continua* del tercer Evangelio es de capital importancia el *discurso programático de Jesús en la sinagoga de Nazaret, su patria*, que coincide admirablemente con la segunda parte del Ejercicio del Rey, al principio de la Segunda Semana de los Ejercicios (95-98; cfr. Lc 4,14-30).

El relato, después, de las tentaciones de Jesús (Lc 4,1-13) y especialmente, el de todos sus sucesivos *discernimientos* entre *dos sabidurías* y *dos caminos* (cfr. el tema de la Espada de YHWE que recorre el país, del que he

hablado antes. Cfr. Ez 14,17-18; etc.) permite volver a encontrar en cada página, con muchas providenciales *repeticiones*, toda la extraordinaria carga de la meditación ignaciana de las dos banderas (135-148; cfr. 164-168).

En mi librito *Bibbia ed Esercizi spirituali* (pp. 63-65) he indicado una manera de *contemplar la conciencia* (o el corazón) *de Jesús*, que propongo a modo de *repetición-aplicación de sentidos*, al final de cada día de la Segunda, Tercera y Cuarta Semana. Se trata de saltar de los *hechos* y de las *palabras* evangélicas de Jesús a su *conciencia y libertad filial*, dejándose influenciar de ella, ser absorbido, y conformándose e identificándose con ella, bajo la acción del Espíritu.

A este *ejercicio* atribuyo una importancia muy grande, ya que es el ejercicio *espiritual* por excelencia. Es el *Espíritu del Hijo*, en efecto, el que grita en nuestro corazón "Abba" (Ga 4,6. Cfr. Rm 8,14-17) y el que realiza en nosotros el designio del Padre, *conformarse con la imagen del Hijo*, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos (Rm 8,29).

Dejar *libremente por amor* y mediante una prolongada y afectuosa contemplación de su persona, que la libertad de Jesús, Maestro y Mesías histórico, condicione, inspire y determine *mi libertad de discípulo y seguidor* es lo más y lo mejor que puedo hacer para prepararme a la *sana y buena elección*, que es el culmen de la Segunda Semana y de todos los Ejercicios (164-189; cfr. también 214.248).

A lo largo de la Segunda Parte de la Segunda Semana llego a leer entre diez y quince capítulos del Tercer Evangelio. El intervalo entre la Segunda y la Tercera-Cuarta Semana permitirá a los ejercitantes completar esta *lectio-meditatio* hasta el capítulo 21. De ella debería sacar cada ejercitante la clave de lectura que haga fructuosa su *oración-contemplación*. Porque lo importante, en efecto, como dice Ignacio, es dar al ejercitante un método y una pista para contemplar y meditar los acontecimientos de la vida de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio (162.238).

C. Tercera y Cuarta Semana

Normalmente doy seguidas la *Tercera y Cuarta Semana*, para significar concretamente la unidad del misterio pascual, foco y centro de la conversion neotestamentaria y de toda la existencia cristiana.

Dedico seis días a cada uno de estos momentos culminantes del camino de los Ejercicios, pero en los seis días dedicados a la Cuarta Semana van incluídos los dos últimos empleados en la *Contemplación para alcanzar amor* (230-237).

La *lectio continua* para estas dos Semanas está tomada de las cuatro narraciones evangélicas (quasi sinópticas) de la Pasión y de las cuatro series (no sinópticas) de los Evangelios de la Resurreción. En particular el *ciclo de la Cena*, es decir la celebración anticipada de la Pasión, es precioso para contemplar cómo se mueve la *libertad de Jesús*, que será guía y sostén para la *libertad del ejercitante* en *su elección*. También Ignacio parece haber reconocido una gran importancia en este ciclo de las narraciones evangélicas (190-198.209.289).

La *Cuarta Semana* introduce a la etapa final del camino del ejercitante: la condición contemporánea del cristiano, *la existencia pascual-bautismal dentro de la Iglesia del Nuevo Testamento*.

El sentido de los cuatro Evangelios de la Resurreción (= los *Cuarenta Días* de Hch 1,3 entre la Resurreción y la Ascensión) es el de una *escuela de fe pascual*, para aprender a *perseverar* (Hch 2,42; 14,43; etc.) en la condición resucitada con Cristo (cfr. Col 3,1-4) que es el Consolador de la Iglesia y de cada uno de los fieles (224), y que les da incesantemente el Espíritu Paráclito.

Especialmente fructuosas me parecen las contemplaciones finales de las respectivas conclusiones de los cuatro Evangelios (Mt 28,16-20; Mc 16,14-20; Lc 24,44-55; Jn 21,1-23; cfr. Hch 1,1-11) consideradas como cuatro iconos o frescos, mediante los cuales las cuatro redacciones evangélicas *diferentes* nos trasmiten un *idéntico* mensaje (que es también el de Lucas en los Hechos de los Apóstoles

y el del Apocalipsis): dónde se encuentra hoy el Resucitado y qué hace; cómo es posible entrar en relación con El; cómo se cumple y se realiza su misión; cómo se deben superar las pruebas presentes, esperando y preparándose a su glorioso retorno. Se trata, finalmente, del Evangelio del tiempo de la Iglesia.

La tentativa catequística de concordar entre ellos, disponiéndolos en orden cronológico, estos cuatro relatos evangélicos conclusivos está condenada al fracaso y, lo que es peor, reduce ampliamente la carta espiritual de cada uno de ellos. Mucho más fructuosa resulta la contemplación, sugerida por la *historia de la redacción* (*Redaktionsgeschichte*) de las cuatro secciones finales si se miran como el vértice culminante de cuatro grandes catedrales, de estilos enteramente diferentes, edificadas para celebrar el mismo misterio.

La *Contemplación para alcanzar amor* (230-237) representa, en cada uno de sus cuatro puntos, el fruto propio de cada una de las cuatro Semanas. Pero por esta vez, se los contempla juntos, unificados y dirigidos a sostener la mirada de fe del ejercitante, para que vea y encuentre a Dios en todas las cosas y a todas en él, hoy, mañana y hasta el último y definitivo encuentro con Dios-Amor (1 Jn 4,8.16), el que es, el que era y el que viene (Ap 22,17.20).

Y esta última palabra de los Ejercicios ignacianos es también la última palabra de las Escrituras: "El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! Y el que escucha repite: ¡Ven! ..." (Ap 22,17.20).

III. BIBLIA Y DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL

Nunca he entendido la integración de los Ejercicios Espirituales en la Biblia, tal como la he descrito hasta aquí, como una *catequesis* bíblica. Sé bien, como lo he recordado antes, que el corazón de los Ejercicios no es la *didáctica de la Palabra*, sino el *discernimiento del Espíritu*, en lo que consiste esencialmente el culto del Nuevo Testamento (cfr. Rm 12,1-2; Flp 3,3; Col 1,9-12; Hb 13, 10-16.21; 1 P 1,14-16; 2,1-10; etc.).

Personalmente, dedico la mayor parte de mi actividad, sea a la enseñanza *académica*, sea a la enseñanza *catequética* de las Escrituras, y soy muy consciente de los diferentes caracteres de las tres actividades, como también de su distinta metodología. Por lo que se refiere a los Ejercicios, la presentación de la *historia* bíblica no es un fin en sí mismo. Simplemente introduce al ejercitante en lo que es el *horizonte indispensable para todo verdadero y buen discernimiento espiritual*.

El discernimiento espiritual no es un ejercicio de análisis síquico de la siquis humana, sino un *ejercicio de atención y de escucha del Pneuma divino en la siquis del hombre*, para conocer la manifestación de la voluntad de Dios en cada uno, en la disposición de la propia vida en orden a la salvación y a la misión que a cada uno confía el Señor en la historia salvífica del mundo (1.21; etc; cfr. 1 Co 2,1-16; St 3,13-18; etc.).

Se trata de la *escucha de la Palabra de Dios no escrita*, que resuena aun hoy donde quiera en la Iglesia y en el mundo, en cada hombre y en cada mujer y en la comunidad, y se manifiesta con una secreta iluminación y en una solicitación de la conciencia personal.

Esta Palabra no se encuentra en ningún otro que no sea aquél a quien Dios habla *aquí y ahora*. No se encuentra depositada en las Sagradas Escrituras. No es conocida previa e indudablemente por ninguna autoridad ni personalidad espiritual externa. Incumbe a cada hombre o mujer interesados el dulcísimo deber de mantenerse atentos, de separar la voz auténtica de las que no lo son, de buscar a lo largo de la noche al Amado de su corazón (Ct 3,1).

La voz y la acción del Espíritu resuena siempre, ya sea potente (175), ya sea más discreta (176-177), en la conciencia personal. El campo de extensión de esta Palabra es la ilimitada región de lo que es *contingente* en el reino del bien (cf. 165.166.170.177.353.365; etc.).

Con sus treinta días de Ejercicios, Ignacio nos enseña que la concretísima y contingente voluntad de Dios acerca de sí, el hombre no la conoce *normalmente* en un momento, instintivamente, en el discurrir frecuentemente ambiguo y confuso de la vida cotidiana, sin una libre decisión de la persona de entrar y vivir, exactamente, en una situación permanente de discernimiento espiritual.

Ignacio comprendió bien y tomó muy en serio el hecho de que el discernimiento espiritual supone e implica que cada discípulo de Jesús, cada fiel del Nuevo Testamento, puede y debe hacer una experiencia inmediata verdadera de Dios en su conciencia (15.155.180.184.329.330.338; etc.). Es la experiencia de Dios que K. Rahner llama no objetivada [9].

Esquemáticamente, según Ignacio, la situación de discernimiento comprende tres momentos capitales:

a. La máxima purificación y el máximo alejamiento posible de todo pecado personal actual, de todo afecto, hábito e inclinación desordenados y de toda forma o residuo de mundanidad (1.21.62.63; etc.).

b. La meditación y contemplación continuada del mundo de Dios, tal como se nos comunica por su Palabra escrita, es decir las Sagradas Escrituras. Para llegar a una elección-respuesta a Dios única y personalísima, Ignacio pone al ejercitante a meditar de modo continuo, por todo el día, las páginas y los acontecimientos bíblicos y evangélicos, según un modo de oración en el cual, con toda razón, se ha podido reconocer una genuina versión de la tradición de la *Lectio Divina* [10]. Esta *lectio* es el contexto más apropiado en que el ejercitante podrá y deberá poner en práctica el discernimiento espiritual, según las reglas destinadas al mismo y que como se sabe constituyen la columna vertebral formal de los Ejercicios (313-370. Cfr. 210-217).

---

9. Cfr. especialmente *Das Dynamische in der Kirche* (Quaestiones Disputatae, 5), Basel-Freiburg-Wien, 1958, pp. 74-148; y *Rede des Ignatius von Loyola an einen Jesuiten von heute*, en *Ignatius von Loyola* mit einem Essay von Karl Rahner SJ, einer historischen Einführung von Paul Imhof SJ, 52 Farbildern von Helmut Nils Loose und 42 Stichen der Ignatius-Biographie von 1609, Freiburg-Basel-Wien, 1978, pp. 938; cfr. también *Bibbia ed Esercizi spirituali*, pp. 11-14.

10. Cfr. F. ROSSI de GASPERIS, *"Lectio divina" e orazione ignaziana*, p. 14; D.M. STANLEY, *Contemplation of the Gospel, Ignatius Loyola and the Contemporary Christian*, en *Theological Studies* 29 (1968), pp. 417-433.

La *lectio divina*, en efecto, es *sacramental* no sólo por lo que se refiere a la *eficacia* específica que obtiene la *Palabra de Dios escrita* en el que la lee con fe obediente para que le penetre el corazón (*pia lectio* [11]). Es *sacramental* también por la situación de *contemporaneidad* que establece entre la Palabra de Dios escrita, que ha resonado a lo largo de los siglos y a través de la historia y la cultura del pasado, y la palabra de Dios que *hoy* resuena en la Iglesia (actualidad eclesial de la Palabra) y, a través de la Iglesia y en la Iglesia, se hace *Palabra interior e individual* (actualidad personal de la Palabra) que Dios, *mediante su Espíritu*, hace resonar aquí y ahora en el corazón del que la lee [12].

Como, ontológicamente hablando, ha llegado a ser ya imposible encontrar al verdadero Dios, al YHWH de la Primera Alianza, si no es en Jesús, última y definitiva Palabra del Padre hecha carne, así también ontológicamente hablando, mi encuentro con la Palabra que Dios me dirige hoy en la Iglesia tiene lugar en el interior de la Palabra que, de Abraham a Jesús y al último de sus apóstoles, El ha históricamente dirigido a Israel, y mediante Israel, a todas las naciones.

A fin de buscar y encontrar la voluntad de Dios acerca de mí, la orientación de fondo, el *mundo*, la luz, el *horizonte*, dentro del que yo previa y libremente me colo-

---

11. Cfr. *Concilio Vaticano II*, Constitución DEI VERBUM, sobre la divina revelación, c. VI, n.25.

12. En la percepción de la necesaria, previa *actualidad eclesial* de la Palabra de Dios, la cual sola hace posible y sacramentalmente eficaz la *actualidad personal interior* de la Palabra en el corazón de cada creyente, está, como bien explica L. BOUYER, la diferencia entre la mejor espiritualidad protestante y la espiritualidad católica, que, a su vez, conserva y conduce a la perfección la más auténtica espiritualidad judáica. Cfr. *Parola, Chiesa e Sacramenti nel Protestantesimo e nel Cattolicesimo*, Brescia 1962, pp. 20-26. Véase del mismo autor: *Introduzione alla vita spirituale*, Torino 1965, pp. 23-30.

co y me mantengo (*mi precomprensión*) para hacer mi *elección*, es más importante que la proposición *objeto* particular sobre el que ha de versar mi elección (178). Para escoger no lo que yo quiero, tal como *de hecho* ya soy, sino lo que *Dios quiere de mí* (Cfr. Mt 26.33-39.42.44; Mc 14,33-36.39; Lc 22,41-42; Jn 12,27-28) es previamente necesaria una *conversión de mi horizonte de conocimiento y de vida*. Deberé trasladarme, vivir y moverme, lo más libremente que me sea posible, al interior del mundo de Dios contemplado bajo sus más amplios horizontes. Para esto necesito entrar, mediante todas las Escrituras, en la Palabra de Dios como en un *mundo* donde vivir habitualmente y por siempre [13].

Para elegir el modo de actualizar para mí, aquí y ahora, la alianza del pueblo de Dios, al que la fe bíblica y cristiana me agrega (cfr. Hch 2,41.47; 5,14; 11,24) debo volver al Sinaí con todo el pueblo de Dios, subir al monte Horeb y recordar toda la historia de la alianza.

Sólo de este modo las mociones que experimentaré en mi conciencia y en mi libertad podrán revelarme que *la voluntad de Dios ha llegado a ser mi voluntad* y que mi libertad se ha liberado en Dios [14].

c. El tercer momento de una situación de discernimiento espiritual será, precisamente, el atento escrutinio de los acontecimientos interiores espirituales, y no sólo síquicos, del hombre; la vigilancia sobre la alternancia de consolaciones y desolaciones, sobre las reacciones de la conciencia, sobre la sensibilidad de la libertad, sobre las inclinaciones del Espíritu, etc. (Cfr. 135.169.189.210.217.313-370; etc.). Todo esto, con la *ayuda*, pero sólo con la ayuda (!) "del que da los Ejercicios", de un hermano dotado del carisma de la *ayuda espiritual* a los hombres. Y ésta es precisamente la vocación de la Compañía de Jesús.

---

13. *Bibbia ed Esercizi spirituali*, pp. 34-42.

14. Cfr. *Bibbia ed Esercizi spirituali*, pp. 14-17.

Se ve bien, por tanto, cómo las Sagradas Escrituras tienen un papel de importancia decisiva en el discernimiento espiritual. Para estar seguro de que lo que siento dentro de mí es obra y voz del Espíritu de Dios, debo desde el principio permanentemente *encontrarme orientado todo y sólo a Dios* (15.23.169.179.284; etc.). Y esto se consigue caminando paso a paso tras la Palabra de Dios, desde Abrahán hasta Jesús.

Se consigue cuando uno se pone, con la máxima apertura posible de horizonte, frente al panorama de la Tierra Santa de Dios, en medio del pueblo de Dios, en el discipulado más íntimo de Jesús, Mesías de Israel y Señor universal (104. Cfr. 91-98).

Así habré unido y acercado todas las coordenadas necesarias y suficientes para que el Espíritu de Dios pueda decirme y hacerme sentir dónde me encuentro, y sobre todo *qué* soy llamado a ser, aquí y ahora. Y entonces no me queda otra cosa que hacer sino abandonarme en El.

Sería necesario añadir todavía que esta inmersión en la Palabra es la que más eficazmente produce la purificación del pecado y de sus raíces, de que he hablado más arriba. La fe, en efecto, es la que purifica el corazón (Hch 15,9; Ef 3,14-19; Col 1,21-23; etc.). Respirar los horizontes de la Tierra de Dios purifica de las seducciones de todos los otros horizontes idolátricos [15].

---

15. Del tema "Palabra de Dios y discernimiento espiritual" he hecho dos relaciones el 4 y el 5 de julio 1984 en Rocca di Papa (Roma) en la 12ª Asamblea Nacional de la Federación Italiana de Ejercicios Espirituales (FIES) que tuvo como argumento general *"Signore, che io veda!" (Lc 18,41). Il discernimento spirituale del cristiano, oggi*. Las dos relaciones serán publicadas en las Actas de la misma Asamblea.

CONCLUSION

Se podría decir todavía algo sobre los "Ejercicios", así llamados de *ocho*, *cinco* y *tres* días. También a éstos se les puede aplicar con fruto el método de la *lectio divina*. En ellos comencé a descubrir que un texto bíblico (un libro o parte de él), leído, meditado y orado en forma continua por un cierto número de días, acaba gradualmente por revelar, aun no siguiendo necesariamente siempre el mismo orden, toda la dinámica de la Palabra y del Espíritu, que es finalmente la misma de los Ejercicios ignacianos [16].

Al cabo de venticinco años de búsquedas y de tentativas, éstas son mis experiencias y éstas las conclusiones a que he llegado. Las comunico, porque así se me ha pedido y con un vivísimo sentido de lo modesto del camino que propongo.

Los caminos del Espíritu son muchos en la Iglesia de Dios y de su Hijo, y todos son caminos de libertad. Los Ejercicios Espirituales, de cualquier tipo, ignacianos o no, los dados por mí y los dados por otros, no son un medio necesario para la salvación, ni están destinados a todos, ni se acomodan a cualquiera en cualquier momento de su maduración espiritual (Cfr. 18.19).

En el pluralismo de los caminos por los que el Espíritu de Dios atrae y guía a los seguidores de Jesús, creo que hay un lugar también para el camino que yo sigo y he descrito aquí. De ninguna manera pretendo que el que yo sigo sea el único, tampoco que sea el mejor modo de dar y de hacer los Ejercicios espirituales. Ni pretendo que ésta sea la única o la mejor manera de dar y de hacer los Ejercicios ignacianos.

Mi experiencia en la materia es limitada y relativa, pero no puedo ni debo prescindir de ella. No me gusta perder el tiempo y las fuerzas en estériles enfrentamientos, pero si alguno, leyendo estas notas, se sintiese inspirado a corregirme en alguna cosa o a hacerme alguna sugerencia útil, o también a animarme a seguir en la dirección emprendida, le quedaría muy agradecido.

---

16. Cfr. *Bibbia ed Esercizi spirituali*, pp. 75-77.